

Moisés: libertador, legislador, mediador y profeta

“Desde entonces no ha vuelto a surgir en Israel un profeta como Moisés, a quien el Señor conocía cara a cara, nadie como él por todas las señales y prodigios que el Señor le mandó hacer en la tierra de Egipto, contra Faraón, contra todos sus siervos y contra toda su tierra.”

— *Deuteronomio 34:10,11* —

EL NOMBRE “MOISÉS” significa “sacado de las aguas”. La hija del Faraón se lo dio a este sobresaliente siervo de Dios porque había sido sacado de las aguas. (Éxodo 2:10). Moisés nació en una época en la que su pueblo, los hebreos, eran esclavos en Egipto. El rey egipcio había decretado que todos los bebés hebreos de sexo masculino debían ser destruidos al nacer para detener el rápido aumento de la población en la tierra.—Éxodo 1:7-22

La madre de Moisés, viendo que era un “niño hermoso”, lo escondió durante tres meses. Cuando ya no pudo seguir escondiéndolo, su madre preparó una cesta espe-

cial que podía flotar y puso al niño en ella y la dejó cerca del borde de uno de los pequeños canales junto a la orilla del río. Esperaba que un egipcio descubriera la cesta y que se salvara la vida del niño. Dios intervino en el asunto, y la hija del Faraón descubrió a Moisés. Llevó al niño a la residencia real y lo adoptó como su hijo, contratando a su verdadera madre como enfermera (Éxodo 2:1-10). A medida que se convertía en adulto, la madre de Moisés sin duda le contó sobre las promesas de Dios a su pueblo. Además de esto, fue “instruido en toda la sabiduría de los egipcios”.—Hechos 7:22.

A excepción de esto, conocemos poco de las experiencias de Moisés hasta los cuarenta años, cuando, al ver a uno de sus hermanos hebreos siendo abusado por un egipcio, intervino y mató al opresor. Al día siguiente, se enteró de que su acto había sido descubierto, por lo que huyó de Egipto al país de Madián, donde se quedó hasta los ochenta años.—Éxodo 2:11-15; Hechos 7:23-30

LA ZARZA ARDIENTE

En Madián, Moisés se casó con una de las hijas de Reuel, también llamado Jetró, y durante cuarenta años se ocupó de los rebaños de su suegro (Éxodo 2:18; 3:1). Fue entonces cuando el Señor le habló a Moisés en la zarza ardiente y le asignó la tarea de liberar al pueblo hebreo de la esclavitud egipcia (Éxodo 3:2-10). Al hablarle a Moisés, mediante un ángel, Jehová se identificó como “el Dios de Abraham, y el Dios de Isaac, y el Dios de Jacob”. Gracias a su madre, Moisés conocía las promesas de Dios a Abraham y, por lo tanto, esta identificación significaba mucho para él.

Los cuarenta años de Moisés como pastor, ocupándose de los rebaños de su suegro, le habían quitado gran parte de su confianza en sí mismo que antes lo había llevado a

matar al egipcio que azotaba a uno de sus compatriotas. Es probable que sintiera que ahora era solamente capaz de hacer las tareas simples de un pastor. Sin duda Moisés sintió que presentarse ante el poderoso Faraón y demandar la liberación del pueblo hebreo de la esclavitud era algo que lo excedía.—Vv. 11.

Sin embargo, el Señor lo tranquilizó a Moisés diciéndole: “Ciertamente Yo estaré contigo”. Luego, como si hubiera aceptado la tarea, Moisés empezó a preguntar sobre los detalles del procedimiento. Primero, quería saber qué debería decirle al Faraón sobre quién lo había enviado a demandar la liberación de los esclavos hebreos. En respuesta a esto, se le indicó a Moisés que dijera que “YO SOY” lo había enviado.—Vv. 12-14).

La expresión hebrea traducida “YO SOY” significa “existir” según el Diccionario Hebreo Strong. Por extensión, la idea completa de la palabra cuando la usa el Creador como nombre sería “El que existe por sí mismo”. Moisés evidentemente entendió esta idea, porque en su oración registrada más adelante en el Libro de Salmos, habló del Creador como “de generación en generación”. (Sl. 90:1,2). Era particularmente adecuado que Dios se identificara así a sí mismo ante Moisés, porque, aunque el pueblo hebreo era esclavizado en Egipto y el propio Moisés había sido un pastor esclavo durante cuarenta años, su Dios, y el Dios de sus padres, Abraham, Isaac y Jacob, todavía existía como el Creador verdadero y eterno que cumpliría todas sus promesas.

LAS DIEZ PLAGAS

Dios le prometió a Moisés que lo usaría para liberar al pueblo hebreo de Egipto, aunque el rey se rehusara a dejarlos ir (Éxodo 3:17-22). La lección que Dios le dio a Moisés era que se necesitaría un poder milagroso para

lograr la liberación del pueblo hebreo y que se usaría dicho poder. En efecto, los egipcios sufrieron nueve plagas, cada una de las cuales se levantaba cuando el Faraón aceptaba liberar a los israelitas. Sin embargo, cada vez que se levantaba la plaga, el rey cambiaba de opinión, y no liberaba a los israelitas.

Luego llegó la décima plaga, que fue la muerte de los primogénitos de Egipto (Éxodo 11:4-6). Los primogénitos de los hebreos podían escapar esta plaga si sus familias seguían las instrucciones del Señor sobre el sacrificio de un cordero y marcaban los dinteles y marcos de las puertas de sus casas con su sangre.—Éxodo 12:1-27.

Como se predijo, el Señor destruyó a todos los primogénitos de Egipto en la noche del día catorce de su primer mes (Vv. 28-36). No solo el Faraón aceptó entonces que los israelitas se fueran de Egipto, sino que se los instó a que se fueran, tanto que los egipcios les dieron muchos de sus objetos valiosos, aparentemente para ayudarlos a tener un éxodo rápido.

UNA LIBERACIÓN MÁS IMPORTANTE

La importancia para nosotros de este episodio en la experiencia de Moisés como siervo de Dios es el hecho establecido en las escrituras de que Dios lo diseñó para ilustrar una liberación mucho más importante: la liberación de la esclavitud del pecado y la muerte, bajo el gran esclavizador Satanás, el Diablo, de quien la Biblia dice que tiene poder sobre la muerte.—Heb. 2:14.

Cuando llegó la hora del Señor de prepararse para la liberación de los hebreos, los más expuestos a un peligro inmediato eran los primogénitos. Como resultado de la décima plaga, hubieran perdido sus vidas esa noche de no ser por la protección dada por la sangre del cordero de la Pascua Judía (Éxodo 12:12,13,22,23). Dios diseñó

esto como una ilustración de una característica muy importante de su plan de salvación y futura liberación de toda la humanidad de la muerte. En el Nuevo Testamento, se nos da la indicación de que los seguidores de Jesús, la verdadera iglesia de Cristo, son los verdaderos “primogénitos” presagiados por los primogénitos de Israel.—Heb. 12:23.

El apóstol Pablo identifica a Jesús como el verdadero “Cordero de la Pascua Judía” que “se sacrificó por nosotros” (I Cor. 5:7, Nueva Traducción Viviente). Sabemos que solamente a través de la sangre de Cristo nosotros, sus seguidores, recibimos vida. Aparte de la sangre derramada, no teníamos certeza de vida durante esta noche de pecado y muerte.—I Pe. 1:18,19

En la Pascua Judía, el primogénito y sus familias se comieron literalmente al cordero durante la noche, y por la mañana se produjo la liberación de todo Israel. Por eso, en la actualidad, cuando la oscuridad del pecado todavía cubre a la tierra, la verdadera iglesia se alimenta, simbólicamente, de Jesús, el Cordero de Dios. Por lo tanto, están siendo preparados para participar en la liberación de todo el mundo de la humanidad en la mañana del nuevo día de la tierra, el reino mesiánico.—Juan 1:29; 6:51,63.

Se debían comer hierbas amargas junto con la carne del cordero de la Pascua Judía de los israelitas (Éxodo 12:8). Esto sugiere las severas pruebas a las que se enfrentan los seguidores de Jesús mientras se alimentan simbólicamente de él y dan sus vidas como sacrificio (I Pe. 4:12,13). Estas simbólicas hierbas amargas nos dan un mayor deseo de recurrir al Señor para que nos dé fuerza y coraje mientras nos esforzamos por complacerlo. Así, nos preparamos para compartir la gloria y el trabajo del reino de Cristo, que es lograr la liberación de toda la humanidad de su esclavitud bajo Satanás y el pecado, la enfermedad

y la muerte.

Se le aseguró a Moisés que era el Dios de Abraham el que lo estaba enviando a liberar al pueblo hebreo de Egipto. Era este Dios verdadero y viviente el que le había prometido a Abraham que, mediante su semilla, todas las familias de la tierra estarían bendecidas. El apóstol Pablo explica que es Jesús y la iglesia del primogénito quienes en conjunto constituyen la “semilla” prometida a Abraham (Gén. 12:3; 22:18; Gal. 3:8,16,27-29). La iglesia es una semilla de fe y, cuando se redime de la muerte mediante la sangre de Jesús, el verdadero Cordero de la Pascua Judía, llevado en la primera resurrección a vivir y reinar con él, será parte de la liberación prometida y la bendición de todas las naciones.—Rom. 11:26.

LEGISLADOR

Tres meses después de que Moisés sirvió a Dios y liberó al pueblo hebreo de su esclavitud en Egipto, se le asignó la importante tarea de darles la Ley divina (Éxodo 19:1-3). La Ley les daba a los israelitas la oportunidad de vivir sobre la base de la obediencia total de sus mandamientos (Lev. 18:5; Rom. 10:5). Dado que los israelitas, igual que el pueblo de todas las demás naciones, eran miembros de una raza pecadora y decadente, nacidos bajo la condena a muerte, ninguno de ellos podía estar a la altura de todas las demandas de la Ley perfecta de Dios, por lo que ninguno obtuvo la vida con este acuerdo.—Rom. 3:20; 7:10.

Sin embargo, la Ley tuvo un fin útil dado que demostró que es imposible que un miembro de la raza adánica caída siga la Ley perfecta de Dios. Hasta el momento en que se entregó la Ley, no había habido una demostración especial de esto, dado que todos se estaban muriendo debido a la transgresión de Adán. Sin embargo, cuando los israelitas aceptaron seguir la Ley de Dios, y no lo hicieron,

cayeron bajo una maldición adicional: la maldición de la Ley.—Gal. 3:10-12.

Pablo escribió que la Ley servía como “guía” para llevar a la gente a Cristo (Gal. 3:24). Sí preparó a algunos de los israelitas para recibir a Cristo en su Primer Advencimiento. Aunque no lo aceptaron como nación, la experiencia de ese pueblo bajo la Ley siempre servirá de lección del hecho de que nadie puede obtener la vida excepto mediante Cristo. “Entonces, ¿para qué fue dada la ley?”, preguntó Pablo. “Fue añadida a causa de las transgresiones, hasta que viniera la descendencia a la cual había sido hecha la promesa”.—Vv. 19

Aunque los israelitas mayormente no se esforzaron seriamente por seguir la Ley, sirvió como una limitación determinada para ellos y contribuyó a mantenerlos unidos como pueblo hasta que el Mesías llegó y se presentó ante ellos. Dado que los israelitas eran los descendientes naturales del padre Abraham, eran los primeros en línea, cuando Jesús viniera, para heredar la promesa que le hicieron a Abraham sobre una “semilla” que iba a bendecir a todas las familias del mundo. Sin embargo, aquí también el amor por dios y un esfuerzo sincero por hacer todo lo posible por obedecer su Ley como demostración de fe en él y en sus promesas fueron las condiciones para ser parte de esta semilla, que Dios había descrito como un “reino de sacerdotes y una nación santa”.—Éxodo 19:5,6.

La desobediencia a Dios, llevada al máximo por su rechazo del Mesías, Líder de la clase de semilla, hizo que los israelitas perdieran esta herencia por elección. Jesús explicó que les quitarían el “reino” y se lo darían a otra nación, una que produzca los frutos de la justicia (Mat. 21:43). El apóstol Pedro identificó esta nueva “nación santa” para nosotros, llamándola “real sacerdocio”.—I Pe. 2:9,10.

MEDIADOR

Moisés recibió la Ley de Dios mientras estaba escondido en una nube en el Monte Sinaí, donde permaneció en comunión con Jehová durante cuarenta días. Mientras tanto, los israelitas se cansaron de esperar su regreso e hicieron un becerro de oro al que adorar en lugar de su Dios (Éxodo 32:1-6). El Señor estaba muy disgustado con esta muestra de deslealtad. Le dijo a Moisés que los destruiría y, a través de él, haría una “gran nación”.—Vv. 7-10.

Moisés, como mediador entre Dios y el pueblo, intercedió por ellos, y no fueron destruidos (Vv. 11-14). Cuando Moisés bajó del monte y vio el becerro de oro y notó las festividades pecaminosas de la gente en su adoración del falso dios, se enfureció y destruyó las tablas de la Ley que el Señor acababa de darle.—Vv. 19,20.

Más adelante, Jehová le instruyó a Moisés que tallara otras tablas de piedra como la que él había roto y las llevara al monte Sinaí (Éxodo 34:1-4). El Señor entonces apareció con Moisés en una nube y proclamó las virtudes de su carácter, que ahora vemos ejemplificado en el plan de salvación de Dios (Vv. 5-7). Fue mientras el Señor describía los atributos de su carácter que se escribió la Ley en las tablas de piedra. Entonces Moisés, como fiel mediador, le pidió a Dios que perdonara la iniquidad de los israelitas y los adopte como su herencia, lo que el Señor aceptó hacer.—Vv. 9,10.

Moisés había pasado nuevamente cuarenta días y cuarenta noches en el monte Sinaí, y cuando bajó esta segunda vez, su cara brillaba con la gloria del Señor. Este brillo permaneció en Moisés al empezar a hablarle al pueblo respecto de Dios y su Ley, y tuvo que ponerse un velo sobre el rostro mientras hablaba (Éxodo 34:28-35; II Cor. 3:13). En el Nuevo Testamento, el apóstol Pablo hace referencia a que esta escena señala la gloria asociada a la

futura mediación del Nuevo Pacto por parte de Cristo y su iglesia.—II Cor. 3:3-12.

ESTABLECIMIENTO DEL PACTO

Hubo un importante uso de sangre en relación con el establecimiento y la mediación del Pacto de Ley. Moisés tomó la sangre del buey y puso la mitad en vasijas y la otra mitad la roció sobre un altar. Luego, le presentó al pueblo los términos de la Ley, denominada como “el Libro del Pacto” y, en respuesta, el pueblo aceptó cumplir estos términos del pacto con el Señor. Luego Moisés, usando la sangre que había puesto en vasijas, roció a las personas y al libro.—Éxodo 24:6-8; Heb. 9:19,20.

La “sangre del pacto”, como se describe en el Nuevo Testamento, señalaba a la sangre de Cristo que, simbólicamente hablando, se usará para rociar a las personas de todas las naciones en relación con los términos del mencionado “Nuevo Pacto”, que se hará entre ellos y Cristo, a quien Moisés imaginaba.—Heb. 8:1-12; 9:14,15; 12:18-24.

EL TRABAJO DE MOISÉS CONTINUÓ

Moisés actuó como líder de los israelitas durante toda su travesía de cuarenta años por el desierto. Durante este tiempo, Dios alimentó a su pueblo con “maná” del cielo. Jesús hizo referencia a esto e indicó que el maná era simbólico de su propia humanidad, que dijo que él daría por la vida de todo el mundo (Juan 6:31-33,51). Moisés también sacó agua de una roca para satisfacer las necesidades del pueblo, y el apóstol Pablo explica que esta roca era símbolo de Cristo.—Éxodo 17:5,6; I Cor. 10:4.

En una ocasión en la que los israelitas habían pecado, una plaga los afectó, y Moisés levantó una serpiente de bronce en un asta. Los que miraron esta serpiente se salvaron de la muerte. Jesús hizo referencia a esto e indicó

que la serpiente de bronce lo representaba a él: él sería levantado para darle una oportunidad de salvación a toda la humanidad.—Núm. 21:5-9; Juan 3:14,15.

Por eso, vemos que, como legislador, mediador y líder, Moisés fue el precursor de Jesús. Así el Señor lo usó para presentarnos a nosotros de esta manera típica muchas de las características importantes de su glorioso plan de salvación.

EL PRIMERO DE LOS PROFETAS SAGRADOS

Como se indicó en nuestros versículos iniciales, Moisés fue uno de los más destacados profetas del Antiguo Testamento y fue usado por Dios para presagiar diversas características importantes en el plan divino para el rescate de la humanidad del pecado y la muerte. Fue el compilador de los primeros cinco libros de la Biblia y, con ese carácter, registró la profecía original sobre la semilla de la mujer lastimando la cabeza de la serpiente.—Gén. 03:14,15

Moisés también registró la profecía de Jacob sobre el “León” que vendría de la tribu de Judá (Gén. 49:8-10; Rev. 5:5). Esta era una profecía de la venida de Jesús, primero para redimir a la humanidad del pecado y la muerte, y luego para gobernar al pueblo en todo su reino terrenal. En este aspecto, Jehová le explicó a Moisés que un “Profeta” se levantaría al pueblo, similar a él (Deut. 18:15-19). El apóstol Pedro hizo referencia a esta promesa e indicó que se cumpliría mediante Cristo durante los “tiempos de restitución de todas las cosas”.—Hechos 3:19-23

Cuando Jesús resucitado habló con dos de sus discípulos en el camino a Emaús, comenzó, como indica el registro, con Moisés y todos los profetas, señalándoles que, según su propósito divino, era necesario que el Mesías primero sufriera y luego entrara en su gloria (Lucas 24:25-27). Por

esto sabemos que Moisés presagiaba el sufrimiento y la muerte de Jesús. Una de las formas en que hizo esto fue mediante la institución de la Pascua Judía, como se habló antes en nuestra lección, en la que la muerte del cordero de la Pascua Judía presagiaba la muerte de Jesús como “el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo”.—Juan 1:29.

En una oración profética, Moisés dirige la atención a la sentencia de muerte que sobrevino a toda la humanidad a causa del pecado, y nos asegura que vendrá el momento en que las personas serán llamadas por un poder divino para volver de la destrucción (Sl. 90:3). Esta es una de las profecías del Antiguo Testamento que presagia la resurrección de los muertos.

Jesús les explicó a los saduceos, que no creían en la resurrección de los muertos, que la esperanza de la resurrección se basaba en relación con los tratos de Dios con Moisés. Esto fue cuando le habló a Moisés en la zarza ardiente y se identificó como “el Dios de Abraham, y el Dios de Isaac, y el Dios de Jacob”. Jesús explicó que Jehová no es un Dios de los muertos sino de los vivos, porque propone restablecer a la humanidad a la vida mediante un despertar del sueño de la muerte.—Éxodo 3:6; Lucas 20:37,38.

Moisés fue un fiel servidor de Dios como libertador, legislador, mediador y profeta. En consecuencia, se menciona en el último libro de la Biblia junto con Jesús en relación con la gloriosa “canción de Moisés” y la “canción del Cordero” (Rev. 15:2,3). Una de las canciones compuestas por Moisés correspondía a la liberación del pueblo hebreo de su esclavitud en Egipto (Éxodo 15:1,2). Es muy hermoso como esto presagia la melodía aún más dulce de la “canción del Cordero”, que liberará a toda la humanidad de la esclavitud del pecado y la muerte.

¡Regocijémonos por esta posibilidad, predicha hace tanto tiempo por el fiel servidor de Dios, Moisés!
